

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL PESIMISMO.

Vaga y nueva todavía esta palabra, así se presta á significar la disposición de espíritu que acerca de los sucesos futuros alimenta siempre las mas lúgubres previsiones, como la que agrava los males presentes, echando á la peor parte los actos y los intentos, y exagerando la fecundidad y trascendencia de los resultados. Pero tiene además otro sentido, bajo el cual se trata aquí de considerarlo, y es el concepto formado por muchos y con frecuencia que del extremo del trastorno tiene que brotar el orden, y que conviene lleguen las cosas al supremo punto donde no pueden menos de experimentar una reacción saludable. De juzgar así á obrar en consecuencia media un paso y bien corto; y aunque á las conciencias timoratas, cuales son á veces las que de tal modo discurren, les sale al encuentro aquel principio de moral irrefragable que en todos casos y siempre prohíbe hacer el mal para que de él dimanase el bien, y que las retrae de favorecer con su conducta cualquier desbordamiento y de cooperar directamente á sus estragos, difícil les es negarse á un sentimiento de satisfacción y aplauso, cuando ven los hechos precipitarse por una pendiente en cuyo fondo tienen la seguridad de que ha de realizarse la crisis regeneradora.

Semejante modo de ver que en vez de pesimista debiera calificarse de optimista, puesto que de las entrañas del mal se promete extraer

el antídoto, y á medida que aumentan los daños y las desdichas aumenta las esperanzas de remedio pronto y completo, busca analogías mas ingeniosas que exactas en las leyes naturales y apoyo harto prácticamente desmentido en las leyes de la historia. Verdad es que la atmósfera se purifica con las tempestades; pero tambien lo es que las tierras, descarnadas por asolador torrente, solo á fuerza de tiempo, de abono y de trabajo recobran su feracidad primitiva. Los principios se acrisolan y triunfan y reaccionan cuanto mas combatidos, por lo que tienen de inmortal y abstracto; la frágil personalidad empero, así individual como socialmente considerada, se resiente por fuerza del vértigo de las ideas y de la perturbacion de los tiempos, y rara vez resiste á tan duras pruebas sin sufrir recios quebrantos y sin contraer penosos y duraderos accidentes. No todas las enfermedades terminan en curación, ni hasta todas las convalecencias conducen á un franco y radical restablecimiento, y aun cuando lo obtienen, jamás, á no ser como por milagro, lo dan súbito y de improviso y á menor costa que de largas zozobras y de acerbos medicamentos.

No favorece mejor á esta aventurada teoría la experiencia aplicada á los pueblos y á los estados. En tres años invadieron toda España los sarracenos, y setecientos costó el desalojarlos. Las revoluciones obran rápidamente, en dias, en horas á veces; las restauraciones proceden con lentitud y al través de obstáculos.

los. Para la de los Estuardos en Inglaterra desde el suplicio de Carlos I trascurrieron doce años, y no por esto se consolidó por mas tiempo de veinte y ocho: la de los Borbones en Francia necesitó veinte y un año y el auxilio de los extranjeros para que los hermanos del rey mártir vinieran á sentarse en el renovado trono, que habia de hundirse de nuevo antes de cumplir los diez y seis. Y ciertamente que si nacion alguna llegó jamás á su total desquiciamiento y apuró la copa del infortunio y del desengaño, fué nuestra vecina, revuelta en un charco de sangre de todas las clases y partidos, hollada por feroces ó corrompidas dictaduras, desencantada hasta de la gloria militar que no le proporcionaba reposo ni felicidad verdadera; si á algunos males por lo estremados habia de suceder un pronto y eficaz sosiego, era ciertamente á las tragedias del terror y á las saturnales de la impiedad: y sin embargo véase qué perezoso y gradual crepúsculo precedió al dia que habia de durar tan breves horas. Hoy mismo aun ¿qué espectáculo nos está reproduciendo? pudo descender mucho mas abajo en la escala de la humillacion y de la anarquía? cabe aplicar estímulo mas duro á su ardiente patriotismo que la invasion prusiana, y á su órden interior ofrecer peligro mas formidable que los asesinatos é incendiarios de la *commune*? Y todo hasta ahora resulta estéril é impotente para reanimarla, para reconstituirla, para aproximar siquiera y poner en armonía sus mejores elementos.

Derivar del mal el bien, secreto es ese que se reserva la Providencia y que nos suministra confianza y consuelo en medio de los mas apurados trances, sin dispensarnos de cooperar cada uno segun podamos á sus benéficas miras; pero el hombre, que convierte en mal el bien mismo, ¿podrá por sí solo sacar del mal otra cosa sino mal? En la vida pública, así como en la privada una caida trae otra caida, un trastorno prepara otro trastorno. Solo el primer paso es el que cuesta en la carrera de la rebelion, lo mismo que en la del crimen; la repetición de los escándalos embota mas que subleva la conciencia de lo justo

y honesto. Por cada uno que retraen y escarmentan las revoluciones, desmoralizan á ciento: ¿qué importa que se acumulen las lecciones y avisos, quedándose por lo comun en la esfera teórica, si al paso con los malos ejemplos degeneran los caracteres, y ofrece pábulo y desahogo á todas las desordenadas pasiones la prolongacion de la lucha? Aunque sea doloroso el observarlo, cuando surge en un pueblo escision de principios y sentimientos, no pasa mucho tiempo sin que los bandos, opuestos por lo demás en doctrinas é intereses, lleguen á fraternizar y nivelarse en costumbres, y no está en la humana índole que prevalezcan las mas sanas.

Indudablemente los atentados de la revolucion, en cada una de sus diversas fases, armaron contra ella entre nosotros numerosos brazos y abreviaron sus febriles escesos; pero ¿han bastado para provocar un general levantamiento que la destruyera por su base? Y no hay que echar la culpa de todo á los partidos medios, que con esquisitas formas sancionan y consolidan las iniquidades y despojos de los primeros devastadores, y preparan y acostumbran suavemente el país á cualquier demasia y lo reconcilian con ella despues de consumada; no se inspiran simplemente en su hipócrita maquiavelismo, sino, sin saberlo acaso, en el instinto de gobierno que se despierta en las cabezas mas ardientes una vez apoderadas del mando, y que es el oculto resorte de que Dios se vale para salvar las sociedades de la anarquía cuando parecen abandonadas á sí propias. Tal vez presume e pesimista trazarle un camino mas corto de conducir las á seguro puerto; pero Dios sabe, y hasta el hombre desapasionado lo entrevé, por que no nos somete á estas acerbos y peligrosas pruebas que repugnan igualmente á su sabiduría y á su misericordia. Padre verdadero de las naciones, quiere que vivan, aun á la sombra de falsos sistemas y de malos gobernantes; y sin acepcion de personas ni aun á veces de creencias, les abre manantiales de vida cuyo origen desconocen, les obliga á corregir hasta cierto punto sus obras y abjurar sus errores, y moderando al par la auda-

cia de los perversos y los sufrimientos de los justos, hace brillar el sol para todos, y les crea una atmósfera ya que no pura al menos respirable, mientras llega la hora de separar el trigo de la cizaña.

Si en vez de hombres de opinion mas templada, hubieran ejercido constantemente el poder durante el último reinado liberales de matiz subido, como los que por breves temporadas gobernaron, ¿habríase estrellado mas pronto la revolucion en su desbocada carrera? estaríamos mas adelantados en las vias de la restauracion? No; los mismos treinta y cinco años de oscilacion y malestar hubiéramos pasado, con vejámenes mas duros, con mas irreparables ruinas, con mayores daños para la Iglesia, con mayor estrago en creencias y costumbres; y cuando hubiese llegado la última crecida revolucionaria de 1868, si razon y objeto de llegar tenia, nos hubiera encontrado ya mas habituados al desorden, mas encorvados al yugo, menos provistos aun de ese resto de vigor y firmeza que ha puesto un dique y aun obligado á retroceder á las corrientes anti-católicas; los desmanes que ha cometido hubiéraselos ahorrado probablemente, porque desde mucho atrás los hallara ya perpetrados. Graves son los llevados á cabo en el postrer trienio, y hondamente han herido la nacion española desde lo mas íntimo del alma hasta sus mas tangibles intereses; y hasta el presente no puede decirse que hayan suscitado una compacta y eficaz resistencia, ni que apresuren un decidido movimiento de mejora. Y pueden sobrevenir, y sobrevendrán otros mas violentos, y se hundirán los templos, y se atropellarán las conciencias, y peligrarán las haciendas y las vidas, y subirán á su nivel mas alto las aguas devastadoras; mas no por eso fiemos de una reaccion segura: ¿quién puede dar la medida de la paciencia de un pueblo, ó mas bien de la funesta posiracion y creciente quietismo que engendra la continuada tiranía del mal? Ni siquiera hay que lisonjearse de gozar de mayor tolerancia para el bien, conforme vayan dominando las fracciones mas avanzadas, ni esperar de sus alianzas proteccion alguna; pues hartos se sa-

be que cuanto blasonan de mas libres, mas enconadas y opresoras con todo lo bueno se muestran á despecho de sus principios: únicamente los socialistas son bastante francos para eliminar de su código la libertad.

De consiguiente, el pesimismo teórico en el sentido espuesto es una utopia arriesgada á la luz de la moral católica; el pesimismo práctico seria un crimen ó una insensatez. Vencer el mal con el bien (*vince in bono malo*) tal es la divisa cristiana, que prohíbe emplear otras armas que el bien, ni para derribar el mal empujándolo en su curso, ni para atenuar sus estragos ayudando á males menores. Porque acaso habrá quien juzgue que no es dable salir de un intransigente estoicismo sin caer en serviles complacencias, que no cabe medio entre la maquiavélica política del empeoramiento y la débil política del miedo y de la complicidad, que es preciso optar entre sacrificarlo todo, familia, patria, religion, arrojando próximos daños de inseguro remedio, al ideal del partido, ó constituirse juguete de cualesquiera partidos, vendiendo á la menor sombra de beneficio que prometan, convicciones y juramentos, dignidad y conciencia. De ningún modo: *non sunt facienda mala ut eveniant bona*; el mismo principio que veda contribuir al fomento ó exacerbacion de los males só achaque de estirparlos de raiz, prohíbe tambien cooperar á un mal siquiera menor para impedir que sobrevengan otros mayores cuya responsabilidad no nos alcanza, y que no es lícito conjurar, aunque hayan de aniquilarnos, á costa de nuestra connivencia con el primero. No es fácil de trazar, respecto de la diversidad incalculable de casos y circunstancias, la línea de conducta entre ambos escollos; pero de seguro la acertará todo el que con sencilla buena fé siga el espíritu del evangelio, que es luz y caridad; y la perderá de seguro cualquiera se entregue al espíritu de partido, que por especioso disfraz que tome, no es sino orgullo ó conveniencia, despecho ó egoismo.

J. M. Q.



LA DERRERA BESADA.

1315.

Mes gentil que la ponsella
D'un rosér ja mitg desclòsa,
Mes pur que la flòr del lliri,
Mes blanch que de néu las flòvias,

N'es un infant de mamella
Qu'en sos brassos agombòla
Una dida que d'ell cuyda
Com si fos sa mare pròpia.

De finas randas guarnidas
Un tresòr valen sas ròbas:
Brodadas d'òr son las faixas
Que son cosset enrevòltan.

Demunt ey du una reliquia,
Que regalá cèrta mònja
A la reyna de Sicília

Perque n'era molt devòta,

Y d'un enfilay de pèrlas
Penjada una rica jòya,
Qu'els almugavers trobaren
Saquetjant Constantinopla.

D'aqueix nin, tèn dre branqueta
De famosa y reäl sòca,
El seu pare qu'el contèmpla
Alsar la vista no gòsa.

El se mira ab ulls plorosos,
Y per mes qu'en va s'esfòrsa
Llagrimas del còr sortidas
Per sas galtas li redòlan:

—Hermosa llum de ma vida,
Que may mes veuré tal volta,
Angel meu, que d'un altr'angel
La dolsa imatge'm recòrdas,

Avuy fa coranta dias
Qu'al mon baixares apòsta
Per que mos pèus correguessen
Per camins sembrads de ròsas.

Y quin gòix, cuand em donaren
De ta venguda las nòvas!
Cuand sa besada primera
En ton front clavá m'espòsa!

Mes, ay! que del mon las ditxas
Son tant curtas còm son pòcas:
Ni 'ls falcons qu'al cèl s'en pujan
Mes de pressa qu'ellas vòlan.

En una mar quieta y llisa
Confhada barqueta vòga,
Y axuxí per ferne 'stellas
S'aixeca ventada fòrta.

Avuy fas coranta dias,
Y ara ja sens mare 't tròbas,
Y el còr me diu, prenda meua,
Que del tot prest serás òrfen.

El meu cèl que tan blau era
Cubèrt veig de negre bòyra,
Y el trapitg sent demer ella
De la mòrt qu'à mí s'acòsta.

Si es n' Isabel que m'añora,
Si sa dolsa veu retròna
Dins mon pit buid, ¿còm podria
Deixarla jò tota sola?

Quina mara, ay fill, tenias!
Ni en Grecia ni en tota Europa
Ey havia una princesa
Mes hermosa ni mes hòna.

Haguera pogud jò creure
El dia aquell de mas nòssas
Que lo seu vel de novia
Esquinsás la mòrt tan prònte!

A cuants sòm nis de ventura
Ella m'obria las pòrtas!
Y ara tois ab ella jauen
Devall una freda llòsa!

Tu, fill meu, sòls tu 'm quedavas,
Unich bé que m'aconsòla;
Y la sòrt de mí t'alluñya
Y el derrer conhòrt me ròba.

Oh Deu! quin es mon delicte
Que ton bras axí m'assòta?
Perdud l'amor de ma vida,
Els altres bens què m'impòrtan?

Mes per tu, fill meu, deg còrre
Per camins qu'els pèus destròssan,
Que no 's just, no, que t'afluxis
D'una corona qu'et tòca.

Traidors la m'han usurpada;
Si mon esfòrs la recòbra,
Que bé t'estará ab un altra
Que de lluny el cèl em mòstra!

Fills no té mon jermá Sanxo...
Preciós joyell es Mallorca.
Tú á la còsta vas d'Espanya,
Jò vaix de Grecia á las còstas.

Ja teng guerrers que m'esperan,
Teng galèras y naus gròssas;
Ja sent els cavalls qu'eguinan,
Ja sent els clarins que sònan.

Terrible será m'espasa,
Encara que plena d'òscas,
Que cuand mon brás la manetja
Bé la coneix la victoria.

Deu te guard, sang de mas venas,
M'en vaig, fill meu, molt en fòra;
Si ey tròb allá ta corona,
¿Qu'ey fa trobarhi ma fòssa?—

A son tèn dre fill en Jacme,
En Ferrando de Mallorca
Axí li parla, y d'els brassos
Prenintló d'aquella dòna,

Per tres vegadas el seña,
A la santa Vèrge invòca,
Y còm dos clavells se juntan
De tot dos las bocas clòsas.

Ay, Ferrando, es la derrera!
Y el besa, y el besa... y plòra,
Perque el brás el té de ferro
Pero 'l còr no 'l té de ròca.

LA RELIGION EN LAS INSTITUCIONES POLÍTICAS.

I.

El crédito que se ha dado á la supremacía de la razón es uno de los errores que mas han cundido, por ser el que mas lisonjea el natural orgullo del hombre. Envanecido este de poseer una antorcha que á trechos le guía y en determinados casos salpica de bastante luz las sombras de su camino, ha creído que podía prescindir de otra luz superior; y juzgándola innecesaria ha llegado á persuadirse, que era quimérica su existencia. ¿Si la razón humana es el sol del mundo moral, por qué no disipa tantas tinieblas como sobre la inteligencia pesan? por qué no aclara tantos misterios como desde la cuna al féretro nos rodean? por qué no presenta una solución satisfactoria á los mas interesantes problemas de la humanidad? A pesar de su insuficiencia, de su luz crepuscular, de su poder incompleto y vacilante, la filosofía ha hecho su apoteosis; y el hombre ha tenido bastante fe en su razón para que esta rehusase continuar en su antiguo vasallaje á la fe.

Cuando se ha tratado de mejorar la condición existente de las sociedades, de acelerar el desarrollo de la civilización, de empujar á las naciones por el camino de la prosperidad, teniendo puesta siempre la mira en el perfeccionamiento moral del hombre, como para acercarle un paso mas á su dignidad primitiva, la razón ha trabajado con grande ahinco en esta empresa superior á sus fuerzas. No condenamos esta laudable tarea; lo que, sí, desaprobamos es que fiada en sí misma haya querido trabajar sola. En el privilegio exclusivo que se ha abrogado está el origen de sus desaciertos. A la sola claridad de su antorcha ha examinado sistemas pertrechados con todo el aparato de la ciencia, utopías engalanadas con todas las ilusiones de la poesía, instituciones cimentadas en los recuerdos de la historia; y después de recrearse en su contemplación ha dicho, como Dios, que era bueno cuanto habia creado. Y con todo, la experiencia nos enseña que aquellos objetos, que vistos á la luz artificial mas hermosos nos parecían, pierden gran parte de su hermosura observados á los resplandores del medio día. Triste suele ser el desencanto; pero mas triste dejarse llevar de mal fundadas ilusiones.

La reflexión es general, y si á ningún sistema se contrae, tampoco á ninguno escluye. Hay un manantial de luz perenne é indefectible que hiere con sus destellos á cuantos no cierran voluntariamente sus ojos para defenderse de sus ardores; hay un sol

que no se estingue, pero que brilla con mas viveza que la antorcha; hay las luces divinas sobre las luces humanas; hay la fe que no destruye ni paraliza la razón, pero que la enfrena y dirige para impedir sus extravíos. La teoría, que elaborada al suave calor del sentimiento religioso, y analizada al puro esplendor de las verdades del cristianismo, aparezca sin mancha, no puede repugnar á las exigencias de la sana razón, y las instituciones políticas que de ella emanen serán las mas adecuadas á la doble felicidad de las naciones. Creen algunos que á la religión solo toca velar por los intereses eternos; pero para que los intereses transitorios no estén fuera de su benéfica tutela, basta que la tierra sirva de camino al cielo. La religión no cuida solamente de los hombres uno por uno: al recogerlos á todos bajo su manto, abriga la sociedad.

Los fundadores de las primitivas civilizaciones, los que se propusieron unir familias dispersas y tribus aisladas con un vínculo comun, los que auxiliados de su genio ó de su fuerza organizaron las antiguas sociedades, reconocieron la importancia de entranar las ideas religiosas en sus políticas instituciones. Sin esta savia no hubiera vegetado la planta que mas tarde esperaba florecer: sin este baño no se hubieran adherido las piedras del edificio que pretendían levantar. Para estar convencidos de esta verdad, no fué necesaria la experiencia ni el desengaño: todos se lanzaron por el mismo camino, sin duda porque era el único que á sus ojos se ofrecía. El abuso de su convicción contribuyó de fijo á estender y perpetuar lamentables errores. La superstición mas absurda ocupaba el lugar de la verdad religiosa; y las tinieblas generales, condensadas por la mano misma que empuñaba las riendas del estado, no podían ser rasgadas sin conato de rebelión y de sacrilegio. Las castas sacerdotales vagaban, como un sonámbulo, entre las sombras de sus simbólicas iniciaciones, y los pueblos se adormecían embrutecidos á la sombra de sus groseras creencias. Así la ceguera de los individuos se hacia incurable: ciegos conducidos por otros ciegos, caían todos en la misma hoya. A pesar de esto, preciso es reconocer, que sin el indicado abuso los fundadores de las civilizaciones asiáticas no hubieran podido llevar á cabo su grandioso objeto, ni preparar el mejoramiento de las futuras generaciones. No hay civilización humana sin asociación, y en toda asociación brotan algunos gérmenes civilizadores. Por deformes que nos parezcan aquellos sistemas compuestos con la fusión de una política tosca y de una religión absurda, era imposible componerlos de otros ele-

mentos, y hubiera sido ineficaz el primero sin estar amasado con el segundo. El instinto social del hombre se hubiera concentrado en el seno de la familia. Para estralimitarlo, para que su acción comprendiese mas vasta esfera, debía estar impelido ó secundado por el instinto religioso. El sistema teocrático fué pues una cosa obvia y natural en la infancia de las sociedades, introducida mas bien por la necesidad de los gobernados que por la ambición de los gobernantes: y si se nos dijere que esta forma nunca ha podido ser buena, responderemos que entonces era la mejor, porque era la única realizable. O la teocracia, ó la imposibilidad de fundar un estado social duradero.

Que de una sociedad informe pero ya principiada, saliesen aquellos famosos conquistadores de la antigüedad que ocupan un sitio dudoso entre la historia y la fábula, y que arrastrasen en pos de su carro una multitud innumerable de tribus incultas y guerreros feroces; que su voz sola fuese bastante poderosa para ahogar los instintos de humanidad en millares de pechos, y cubrir de sangre y cenizas un inmenso territorio, cosa es que no resiste á una sencilla y natural esplicacion. Entonces las pasiones humanas eran unos resortes tan duros como recientemente fabricados, si nos es permitida esta expresión, y obraban con toda su violencia por carecer de un moderador que los comprimiese, puesto que la razón apenas comenzaba á desenvolverse, y las nociones religiosas eran tan imperfectas como confusas. El ruido del carro triunfador atronaba hasta las chozas mas pacíficas, y unos le seguían seducidos, otros admirados, y arrastrados otros por la necesidad, por la fuerza ó por la imitación. Estas masas fueron formidables pero no compactas, porque les faltaba el vínculo religioso; así es que su trabazón fué tan efímera en duración como infecunda en útiles resultados. Y en efecto, ¿qué es lo que fundaron, qué es lo que organizaron aquellas tan vastas y maravillosas y casi inverosímiles conquistas?

Sucesos no tan lejanos, copia mas ó menos exacta de aquellos casi perdidos en la oscuridad de los tiempos, corroboran la verdad de nuestras observaciones con la identidad de sus resultados. Copiosas hordas, semejantes á inmensas manadas de lobos, salen de las regiones del Asia septentrional y se precipitan con incontrastable carrera hácia los confines mas remotos: á su frente se leen los nombres de Atila, de Gengis, de Timur-Lenk. Estos célebres azotes de la humanidad se vieron en el colmo del poder, porque inspiraron el colmo del

terror. Quizás pensaron en crear un imperio por la fuerza, pero no en crear una sociedad, y á pensarlo carecían de una idea religiosa en que apoyarla. Su brazo, demasiado fuerte para destruir, se asemejaba al de un niño para edificar: sus secuaces no tenían mas ídolo que su caudillo, y tan pronto como la muerte le derribó del altar, se esparramaron á manera de tempestuosas nubes que azota el viento. ¡Cuán diferentes de ellos Mahoma y sus califas! La rapidez y extensión de sus conquistas, el número de las victorias, las huellas del esterminio proporcionan bastantes rasgos de semejanza entre unos y otros; el estandarte de Abul-Abbas era tan negro como la tercer bandera del Tamorian: pero los hijos de la Arabia pudieron establecer sociedades permanentes, porque tenían el islamismo en que fundarlas. Tenían en apariencia dogmas para hermanar vencedores y vencidos, tenían culto para asimilar á los pueblos, tenían un libro en que estaban fundidas su moral, su política y su religión.

T. AGUILÓ.

CRÓNICA.

El 4 del actual fueron recibidos en audiencia particular por su santidad los fieles de las parroquias de San Pablo extramuros, Santa María *in Cosmedin*, San Bartolomé *de la isla* y San Nicolás *in carcere*. En nombre de todos el conde de Benvenuti presentó al pontífice considerables ofrendas, y leyó un mensaje que respiraba los mas fervientes sentimientos de amor y fidelidad.

Pio IX se dignó contestar con una preciosa alocucion, que segun la *Voce della Verità*, es como sigue:

«*Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum.* Esta unión de sentimientos, este perfecto acuerdo de fiel adhesión que me manifiestan los habitantes de todos los barrios de Roma, son de gran consuelo para mi corazón, y me dan la dulce esperanza de que llegará el tiempo mas tranquilo que confiamos obtener de Dios.

»Esta mañana hemos leído en el evangelio el anuncio de los sucesos que precederán al juicio universal. Algunas de estas terribles palabras pueden aplicarse á los acontecimientos de nuestros días. Allí se anuncia que el sol no dará su luz, que la luna se oscurecerá, que las estrellas caerán del cielo. Este oscurecimiento del sol, estas tinieblas que envolverán la tierra ¿no son una imagen de lo que se quiere hacer con esta ciudad privilegiada, arrebatándole la primera de las luces que es la de la fe? En Roma, no solo se procura esparcir abundantemente la impiedad, sino que se enseña la herejía, y hay hombres que no se desdennan de reclutar en los vagabundos de las calles, atravéndolos por el dinero, alumnos para sus escuelas y discípulos para el error.

»Roma, que siempre ha sido católica, Roma que ha sido siempre la cabeza, el centro, la cátedra de la verdad, ¿lo ha de ser ahora de la herejía?

»Y en cuanto á las estrellas ¿no han caído muchas del cielo? O para no hablar en sentido figurado ¿no hay muchos hombres que antes brillaban noblemente y que se han extraviado y han caído? Eran estrellas luminosas, y ahora que han abandonado el camino de la verdad y de la justicia, no dan luz.

»La luna que se oscurece me recuerda también á aquella que la tiene bajo sus pies y que tuvo siempre en esta ciudad, como en precioso pedestal, un culto ferviente al cual se hace hoy guerra.

»Pero vosotros, mis amados hijos, vosotros resistireis estos esfuerzos; seréis constantes, permaneceréis unidos entre vosotros, y esta unidad os hará vencer á los perturbadores y usurpadores.

»¡Ah! si Moisés, cuya gloriosa imagen se halla en San Pedro *ad vincula*, bajara de nuevo de la montaña, tendría tantos motivos para romper una vez más las tablas y confundir con castigos á los que han venido á manchar nuestra ciudad. Ellos también adoran al becerro de oro, es decir, han venido para enriquecerse. (*Esclamacion general ¡Es verdad! ¡Es verdad!*) Y Moisés gritaría: *Popule meus, qui te beatum dicunt ipsi te decipiunt*. «¡, mis amados hijos; os engañan los que os dicen que han venido á Roma para la paz y la felicidad.

»No; vosotros no os dejareis seducir por estas palabras, y sabreis con vuestro ejemplo y vuestra concordia fortificaros y sosteneros los unos á los otros. Dios os consolará, porque Dios será con vosotros. Y si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?

»Yo invoco sobre vosotros su bendición, para que os auxilie y sostenga en todos los días de vuestra vida. Ella será vuestro consuelo y vuestra defensa en la última hora y hará partícipes de la eterna felicidad,

»*Benedictio Dei, etc.*»

Apenas el papa hubo acabado, los aplausos y exclamaciones de amor y entusiasmo resonaron en toda la sala. Un solo sentimiento dominaba todos los corazones. Los romanos fieles mostraban á los sacrilegos usurpadores de su independencia y libertad que no reconocerán jamás otro soberano que el papa, el sucesor de san Pedro, único rey legítimo del pueblo romano.

El mismo día de esta audiencia á la una de la tarde, dice una correspondencia del *Pensamiento Español*, hacia su santidad su ordinario paseo por el jardín, museo y biblioteca vaticana, deteniéndose cual suele en muchos puntos del palacio, conversando con cuantos le acompañan. Al llegar al sitio cuyas ventanas dan al gran patio conocido por *Belvedere*, hizo una breve parada: los dos guardias suizos que le seguían con sus alabardas y el señor arzobispo Merode que se hallaban los más inmediatos á su santidad hicieron también alto junto á una de esas ventanas, y se asomaron. Repentinamente el centinela italiano puesto al frente de la ventana, prepara su fusil, y esclama gritando: *¡Atrás!* Y para indicar que si no era obedecido disparaba, apuntó el fusil contra el señor arzobispo y los dos guardias. Los amenazados se retiraron sin demora, no sin observar profundamente contristados que en el peligro corrido hubiera podido tocar una parte lamentable á Pío IX. Su santidad, con esa serena calma que está demostrando siempre, al oír el grito del centinela y ver el movimiento de sus acompañantes, se contentó con decir: «¡Hé ahí otra de las garantías que me ofrecen!...» Cundida la voz en el acto por todo el Vaticano, es inútil decir cuáles serían las exclamaciones de aquellos leales servidores: entonces se averiguó que no era la primera vez que el hecho acontecía; que en la misma mañana otro suizo había sido objeto de igual demostración por parte del centinela colocado junto á Santa María, cerca del mismo Belvedere, y que otros y otros en días anteriores habían sufrido idéntica intimación, de que no habían hecho caso. Están demás los comentarios. La prensa liberal, avergonzada de que se haya descubierto providencialmente el punto hasta donde serán capaces los excomulgados de llevar su odio á la Iglesia, ni menciona siquiera el suceso, y es seguro que cuando no pueda dejar de responder, dirá que es un hecho *aislado*... de que es solo culpable el centinela. No: todos los centinelas tienen esa bárbara consigna, y ellos no hacen más que cumplir lo que sus jefes les mandan. ¿Necesita más lecciones para despertar el mundo?

Parece que Victor Manuel, conferenciando con el encargado de negocios de una gran potencia, le habló de un asunto de que ya había hablado al municipio.

—En verdad, le dijo, no me esplico que el papa se obstine en no salir del Vaticano.

—Vuestra majestad, señor, repuso el diplomático, me dispensará si le digo francamente la opinion de mi gobierno. La verdad es que el papa no es libre: al salir corre el riesgo de ser insultado....

—¡Bah! También yo tengo ese peligro.

—Sí, pero V. M. tiene gendarmes y soldados. V. M. no está espuesio á ver su escudo de armas derribado de todos los palacios; al contrario. Vuestros ojos no encontrarán en todas las esquinas abominables caricaturas en que el papa es odiosamente insultado. Por otra parte, si el papa saliera sería aclamado por los romanos y acaso ocurrirían conflictos: Pío IX querrá evitarlos. ¿Cómo se ha de creer libre el papa? No tiene ni correo, ni telégrafo, ni periódicos. Él no puede escribir una carta, enviar un despacho sin que pase por la mano de los que considera como enemigos. Necesita mandar imprimir sus documentos oficiales en el extranjero....

—Nada de eso me corresponde, señor embajador. Hablad de ello si quereis á Visconti-Venosta.

El diplomático habló despues al Sr. Visconti-Venosta; pero el ministro de Victor Manuel, le dijo:

—Ya sabemos todo eso, y tendríais razon si quisiéramos permanecer largo tiempo en este estado de cosas. Pero el papa, creedme, no tardará en comprender la necesidad de entrar en la *conciliacion* que le ofrecemos.

—Teneis, señor ministro, esperanzas que no son fundadas. Considerad que en el momento mismo en que el rey abría el parlamento, Pío IX declaraba solemnemente que jamás habrá conciliacion entre él y vos. Al fin y al cabo, obligareis al papa á abandonar á Roma.

—¿Y qué? Tanto mejor. Que parta. No le necesitamos. Él es quien tiene necesidad de nosotros.

Esta impudente palabra, dice *L'Univers*, ha sido transmitida á los periódicos alemanes, que echan en cara al papa que «recibe de Italia millones para él y el sacro colegio;» porque así está consignado en la ley de *garantías*. Pero la ley de garantías es rechazada por la santa sede; es una injuria añadida al despojo, y el despojo es completo como la injuria.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

LOS FRAILES EN EL SIGLO XIX.

«Voy á presentaros las órdenes religiosas en el siglo XIX: prescindamos de su historia, de los beneficios que han traído al mundo, de su conformidad con las máximas de la doctrina católica, de los eminentes servicios que han prestado á la Iglesia, y fijémonos en sus relaciones con el estado actual de la sociedad. Vamos pues á examinar lo que de ellas dicen sus adversarios, y á examinar también si las necesidades del siglo presente las reclaman.» De esta suerte dió comienzo á su razonada y poética improvisación el presbítero D. Miguel Maura, empleando como siempre el dialecto del país y teniendo siempre á mano las frases y vocablos que necesita para expresar con toda claridad sus pensamientos. La extensión que dió á la primera parte de su discurso le obligó á dejar para más adelante la segunda. Cuatro fueron las objeciones de que hizo mérito, y las presentó de una manera tan absoluta, con tanta desnudez y crudeza, que bien se conocía que no era

su ánimo atenuarlas ó eludirlas, sino que estaba seguro de rebatirlas y pulverizarlas completamente. En su conferencia anterior habia dicho: se empezó por declarar la guerra á los jesuitas, aparentando que se les consideraba como un cuerpo aislado cuya causa no estaba inmiscuida en la causa del catolicismo: se prosiguió declamando contra los frailes y diciendo que en ellos no consiste la religion: lo mismo se afirma cuando se persigue al clero, lo mismo al querer destruir el poder temporal del pontífice romano. Es decir, se descortezan el tronco, se estropean las raíces, se desmochan las ramas, y aun se pretende no irrogar el menor daño al árbol secular plantado por el mismo Jesucristo. Y en verdad que esta conducta encierra una mala fé tan poco embosada que se conoce á cien leguas de distancia. Para ser buenos hipócritas es menester no incurrir en semejantes torpezas. Los que se hallan empeñados en hacer la guerra al catolicismo abdiquen previamente el título de católicos, que mal pueden colorear sus siniestras intenciones con sus estúpidos argumentos. ¿Se quiere la guerra? pues que sea franca y leal, que así la queremos ó la aceptamos nosotros. ¿En qué cabeza de católico cabe la idea de que los votos de las órdenes religiosas sean inmorales? ni en qué cabeza de incrédulo siquiera, con tal que esté medianamente organizada? Los que tales votos hacian ¿ignoraban por ventura á lo que se obligaban? ¿No tenían ya la edad prescrita por los cánones? no eran dueños de sus acciones? no rechazaba la Iglesia todo género de presión exterior? ¿Qué derecho vulneraban? qué sacrificaban al pié del ara mas que su propio orgullo, su propia sensualidad, sus ruines pasiones y ciegos apetitos? ¿Y consiste la moral en soltarles la rienda, ó en sugetarlos á la razon y al libre alvedrío? Y aun considerando estos votos bajo un punto de vista el menos elevado ¿no venian á ser un contrato bilateral? ¿Qué inmoralidad puede achacarse á la honesta viuda que sacrifica una pasión, y renuncia el convolar á segundas nupcias para no dar á sus hijos un padrastro ó siquiera para no perder los bienes que le ha legado su difunto? ¿Y qué importa que no haya hecho el voto si de todas maneras lo cumple? Se ha dicho empero que si todos los hombres y mugeres adoptasen la vida monástica, las ciudades se despoblaran, la sociedad pereceria. Es que tambien pereceria la sociedad si todos los jóvenes se hiciesen médicos ó abogados, y ¿es por ventura una inmoralidad procurarse debidamente esos títulos, ó seria una ventaja social que no existiesen semejantes carreras? Qué mejor prueba de la bondad de una institución que la vaciedad de los argumentos con que se la combate? Lo que no dijo y podia haber dicho el Sr. Maura, es que los que acusan de inmorales á los votos religiosos dan una triste idea de su propia moralidad: se confiesan tan frágiles á la faz del mundo, que no comprenden como otros puedan resistir á los halagos de la pasión á que ellos han sucumbido.

La segunda tacha que se pone á los frailes, dijo el orador, es la de holgazanería. Estractar las di-

versas razones con que deshizo y pulverizó esta acusacion, seria desvirtuarlas, quitándoles una buena parte de su fuerza y energía. Digno de ser atentamente escuchado era el Sr. Maura cuando entró en ciertas consideraciones acerca de la economía política, de esta moderna ciencia que tan mal comprende la dignidad humana y la felicidad de las naciones: de esta ciencia, que para servir de auxiliar á la incredulidad, lleva siempre inclinada la frente á la tierra como los brutos, y no se digna dirigir una mirada al cielo; que pretende reformar los planes del Criador supremo, señalando al hombre un destino y al trabajo un origen diferentes del que Dios les ha dado, que asimila el rey de la creacion á una bestia de carga ó no ve en él mas que una máquina de producción. Y mas digno de ser oído fué si cabe, cuando con su mágico pincel trazó un sencillo bosquejo de la vida contemplativa... Pero, señor! dirán sus adversarios, corazones berroqueños, conciencias metalizadas, si todos se entregasen á la vida contemplativa, ¿quién cultivaría los campos? Y decimos nosotros: si todos los hombres se metiesen á periodistas ¿quiénes leerian sus elucubraciones? ¿dónde se encontrarían cajistas para componerlas? ¿Es posible que á la simple vista no se descubra la puerilidad de semejante argumento? Que los frailes eran una carga para los pueblos, añaden sus enemigos. Carga muy llevadera seria, cuando los pueblos con tanto gusto la llevaban. ¿Por ventura se contaron nunca entre los enemigos de los frailes, aquellos que mas abundantes ó mas frecuentes limosnas les hacian? ¿Quién dió á esos mentidos filántropos la facultad de poner cortapisas á la caridad ajena? Si las órdenes mendicantes vivian de limosna, ninguna facultad coercitiva tenían para obtenerla: recibian lo que de buen grado se les daba, y si otras vivian de sus rentas, habíanlas adquirido por medios legales como los demás propietarios. Respondan por ellos los pobres á quienes alimentaban y socorrian, y dirán si los frailes eran ó no una carga para los pueblos. «La cuarta objecion que se hace á las órdenes religiosas, dijo para concluir el señor Maura, es que son ardientes propagadores del fanatismo y de la supersticion. Y en esto tienen razon sus enemigos; sí, tienen completa razon. Los frailes han sido, son y serán siempre los fautores y propagadores de la supersticion y del fanatismo. Solamente hay que advertir que los incrédulos poseen un vocabulario especial para su uso. No se sirven de ciertas palabras en la acepcion que les dá el diccionario de la Academia. Llaman fanatismo á la fé, y supersticion á la religion católica. Así ya veis como los detractores de los frailes vienen á ser sin quererlo sus defensores y apologistas.»

Esta noche seguirá disertando sobre el mismo tema el expresado D. Miguel Maura Pro.